

La calle
Diario de un espectador
El rincón del ahorcado
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 15 de marzo de 2007

Ayer comenzamos a revisar *Citámbulos*, “guía de asombros ciudad de México, “el transcurrir de lo insólito”. Dijimos que sus editores son Ana Álvarez, Valentina Rojas Loa y Christian von Wissel. Es imposible reproducir la lista de autores de los 121 retratos de la ciudad, pero al menos podemos decir que el diseño, aspecto relevantísimo de una obra gráfica como esta, se debe a Omnis Luque, Luis Rodríguez, Mauricio Rodríguez, con el propio Von Missel, que también participó en la cartografía, junto con Luque, Flor Marín y Hernán Betanzos. La manufactura del libro, espléndida y hecha en México como subrayamos ayer, se realizó en Edamsa impresiones.

El texto que abre la obra es de Vicente Quirarte, hombre de letras, de libros, de andares ciudadanos. Leámoslo:

“La ciudad se fundó para resolver la nomadía. Al concentrar el poderío y los avances de una comunidad para beneficio de sus habitantes, fue creando sus hitos, sus modos de relación, sus signos de identidad. Sus necesarias y peligrosas rutinas. A medida que la ciudad creció cuantitativa y cualitativamente, sus usuarios se acostumbraron tanto a ella que terminaron por vivirla y dejarse vivir por ella sin sorpresas ni sobresaltos.

Entre 1842 y 1843 los lectores de novelas de folletín aguardaban, expectantes, la aparición del nuevo fascículo de *Los misterios de París*, de Eugenio Sue. Desde el título, el autor indicaba que si bien su acción se situaba en un espacio común y familiar, existían misterios, secretos que era preciso descifrar. Tras la publicación de la novela de Sue en varios países surgieron inmediatas, numerosas y entusiastas imitaciones. Paul Fargue escribió *Los misterios de Londres* y Guillermo Prieto proyectó escribir, con Ignacio Ramírez, *Los misterios de México*. No se llevó a cabo, pero la exploración que hizo en sus poemas, crónicas y cuadros de costumbres de la capital del país durante su larga y fecunda existencia constituye una de las más profundas indagaciones sobre la ciudad, que es vista sin ser mirada por la mayor parte de sus habitantes. Vasta es así la tradición de quienes se han afanado en descifrar los lenguajes de la urbe, en cargarla de significados y proponer nuevas lecturas, y es con ese espíritu que los citámbulos arman su Guía de asombros de la ciudad de México. Una guía llena de misterios implícitos y más o menos compartidos, rituales domésticos, pero también de cortinas, puertas, muros de cristal que deben ser descifrados.

Nuestra ciudad nos entrega su entraña y su pretérito. Nos cobija y nos da la tregua necesaria para seguir amándola en medio de su caos, a pesar de su apetito y su indiferencia. Por eso el de citámbulo es un oficio de primera necesidad, para seguir creyendo en el milagro, mediante la pasión y el ejercicio de la urbe, haciendo de cada instante un asalto a la eternidad”.

En la contraportada de la pieza gráfica, por su parte, Alfonso Morales ofrece su opinión:

“Atlas geográfico, almanaque iconoliterario, bitácora multisensorial, documental y bizarra invitación al viaje por los distintos rumbos y rincones de la galaxia en que se ha convertido la capital mexicana, la guía de asombros de los citámbulos resulta en el fondo un manifiesto a favor del vagabundeo como fuente insustituible de placer y conocimiento y en contra de los prejuicios que han contribuido a que no pocos urbanitas, temerosos o conformistas, renuncien a un derecho fundamental: el disfrute de la calle, la plaza y los demás ámbitos en que transcurre la vida pública. Sin lugar a dudas, algún día llegará a los diccionarios el término citámbulo”.

Además de Océano y Conaculta (a través del Fonca) figuran entre los patrocinadores de esta obra la Universidad nacional, el Instituto Goethe y otras voluntades.